

Noel H. Sbarra

LA CIUDAD PERDIDA

LA distancia de Lima al Cuzco por tierra es de 1.170 kilómetros: un largo viaje junto al mar, primero, atravesando desiertos salpicados aquí y allá por islas vegetales que como banderitas verdes clavadas en un mapa color arena señalan los lugares habitados. Después de Nazca —el pueblo de las maravillosas cerámicas arqueológicas—, la ruta toma decididamente hacia el oeste, internándose en el paisaje andino, cada vez más alto, cada vez más solo, cada vez más frío... Si esta travesía se hace en el ómnibus público, insume tres días y dos noches. En cambio, "por aire" no hay más que 600 kilómetros, que el avión hace en un par de horas volando en medio de un desfiladero formado por las altas montañas, entre las que se destaca, impresionante, el nevado Salcantay, que sobrepasa los seis mil metros.

En un estrecho y feraz valle de 30 a 40 kilómetros de longitud, en la planicie este de la cordillera de los Andes y a 13° al sur de la línea ecuatorial, está Cuzco, cuyo nombre proviene de *Kosko*, que en lengua quechua significa "Centro". Puede decirse que en la actualidad Cuzco resume en sí tres ciudades distintas: la más antigua es la ciudad incaica; sobre ella Francisco de Pizarro fundó en 1534 la segunda, que es, por tanto, española; y la tercera, que rodea como un cinturón a las anteriores, es la ciudad moderna. A la llegada de los conquistadores Cuzco albergaba, según cálculos, alrededor de 200.000 habitantes; dispersados los quechuas, paulatinamente fue perdiendo importancia al pun-

to de que en 1920 sólo tenía 18.000 y cuando nosotros la visitamos, en 1957, la población ascendía a 75.000 almas.

En los alrededores de Cuzco quedan bien conservados vestigios de la gran civilización incaica: la fortaleza de *Sacsahuamán*, tan asombrosa como las pirámides de Egipto; un poco más allá, a siete kilómetros de la ciudad, otrora capital del Imperio de los Incas —dinastía que comienza con Manco Cápac en el 1050 y se extiende hasta la llegada de los españoles, casi quinientos años más tarde—, se encuentra *Tambomachay* o "Baño del Inca", al que concurrían los miembros de la clase gobernante para practicar sus abluciones; y no lejos de este monumento, suerte de oratorio, el *Pucapucará* o "Fortaleza Roja" y ya más próximo a la ciudad el *Kenco* o "Laberinto", interesante santuario —entrelazados pasadizos bajo la roca— donde los sacerdotes sacrificaban la "llama blanca" —el animal sagrado— y hacían sus predicciones sobre el futuro.

Otros centros fueron construidos en la región, hacia el oriente, siguiendo, por sobre todo, el curso del río Vilcanota, que luego toma el nombre de Urubamba —corriendo en el fondo de un cañón a cuyos lados se extiende la tierra fértil del Valle de los Reyes—: Huananmarca, Patallajta, Pisac, y donde la garganta del cañón se estrecha y las paredes de piedra semejan una desafortunada muralla, se alza, dominando la entrada del valle, la fortaleza de *Ollantaytambo*, cuya finalidad era contener a las tribus salvajes que viniendo del Amazonas asolaban periódicamente.

CARNET DE VIAJE

camente el territorio; contrastando con la severidad de la construcción guerrera el pueblecito del mismo nombre aparece, enclavado entre los cerros, idílico y humildísimo, rodeado de flores y cultivos y árboles.

Desde Ollantaytambo adelante, hacia el corazón de la selva amazónica, el río corre solo: las montañas han apretado el valle hasta hacerlo desaparecer por completo. Abajo, en lo profundo del cañón, el Urubamba; arriba, el camino de cornisa por donde corre el autocarril — semejante a un juguete grande— que nos lleva a *Machu Picchu*, distante 120 kilómetros del Cuzco. Finalmente el coche-motor se detiene en una pequeña estación, desde donde, en automóvil, ascendemos 400 metros por una carretera de poco más de cinco kilómetros que lleva el nombre de Hiram Bingham, hasta llegar a la “ciudad perdida”, por siglos sepultada en la selva, a 2.700 metros sobre el nivel del mar. Pasmados ante el prodigio de piedra nos alcanza la voz del poeta: *Sube conmigo, amor americano./ Besa conmigo las piedras secretas.*

* *

Hace exactamente cincuenta años —fue el 24 de julio de 1911— la “ciudad perdida” apareció, como surgiendo del misterio, ante la atónita mirada azul de Hiram Bingham, un joven profesor de historia hispanoamericana de la Universidad de Yale. El cincuentenario del magno hecho arqueológico nos anima a trasladar a estas páginas los apuntes de nuestro “carnet de viaje”.

LA CENA DE LOS GRADUADOS

Hiram Bingham era el tercero de una distinguida familia de Nueva Inglaterra

que llevaba ese nombre. Su padre, Hiram Bingham II, profesaba de misionero en las islas del Pacífico, por donde el futuro descubridor de Machu Picchu vino a nacer en Honolulu, el 19 de noviembre de 1875. Se graduó en la Universidad de Yale —de la que llegaría a ser profesor a los veintiséis años— y más tarde se recibió de doctor en filosofía en Harvard. Subyugado por el genio militar de Simón Bolívar se dio a estudiar a fondo sus campañas y en esta empresa recorrió a lomo de mula las llanuras de Colombia y Venezuela repitiendo los itinerarios del Libertador. En 1908 concurreó, como delegado de su país, al Primer Congreso Científico Panamericano realizado en Chile, interesándose en la exploración de las rutas comerciales de la época de la colonia entre dicho país, Argentina y Perú.

En tales circunstancias la casualidad lo puso en el rumbo que iba a llevarle, años después, a descubrir la última morada de los incas. El prefecto del departamento de Apurímac —al sudeste del Perú, vecino al de Cuzco— buscaba por esa época la colaboración de un experto que efectuara excavaciones y que muchos, y también él, consideraban sede de los últimos incas y lugar donde se estimaba podía hallarse un tesoro miliuninochesco. Bingham fue el destinatario del ofrecimiento, que rechazó de plano pues no se consideraba el hombre indicado: sus estudios “se habían limitado a la época de la colonia española y las guerras de la independencia”, por lo que nada tenía que hacer en el campo de la arqueología. Mas el prefecto insistió tozudamente y Bingham, que de acuerdo con su honrada confesión “muy poco sabía de los incas”, aceptó finalmente la curiosa propuesta, no sospechando que esa experiencia “estaba destinada —según escribe— a conducirme al terreno más extraordinario. Era mi primera introducción

CARNET DE VIAJE

en la América prehistórica". La expedición a Choquekirao dio pobres resultados y echó por tierra las ilusiones de los que, con el acicate de los posibles tesoros ocultos, la financiaron e impulsaron, pero ella permitió al larguirucho profesor de ojos azules asomarse a un excitante enigma: el emplazamiento de la "ciudad perdida". E íntimamente se propuso volver.

A fines de 1910 se hallaba Bingham en Nueva York corrigiendo las galeradas de su libro *Across South America*, cuando fue invitado a concurrir a la comida anual de los graduados en Yale. Dueño ya de un sólido prestigio se le pidió que hablara acerca de sus andanzas y como a la ocasión la pintan calva, el incipiente arqueólogo expuso con entusiasta palabra los proyectos que le bullían en el seso: retornar al Perú e iniciar la búsqueda de la "ciudad perdida".

Tomados por el fervor y el optimismo del investigador, allí mismo, de sobremesa, se resolvió subvencionar los gastos que demandara una expedición perfectamente organizada. Se constituyó, pues, la "Expedición Peruana de Yale" bajo la dirección de Hiram Bingham e integrada por William G. Erwing, médico; el naturalista Harry W. Foote; el topógrafo Kai Hendrikson; H. C. Tucker, ingeniero, y Paul Lanius, asistente.

VIAJE Y AVENTURA

La expedición partió de New York en junio de 1911 y una vez en Lima, primera etapa del viaje, el jefe buscó y obtuvo la colaboración del historiador peruano Carlos A. Romero, que por sus grandes conocimientos de los cronistas españoles se convertiría en insustituible consejero del camino a seguir para dar con la hasta entonces ignorada ciudad de los incas. Aprovechada, la expedición salió de Lima a inicios de julio. El fiel

del rumbo señalaba el curso bravío del río Urubamba, cuyo abrupto cañón alcanzaron seis días después. De anochecida los viajeros hicieron alto en "una pequeña planicie arenosa de dos o tres acres (alrededor de una hectárea) de extensión, que en estas tierras ásperas llaman *pampa*". En tal lugar —denominado Mandor Pampa— armaron las carpas en la proximidad de un rancho donde vivía el arrendatario de esas tierras, el indio Melchor Arteaga, que bien pronto se aproximó a los recién llegados para saber la razón de su inesperada visita. Oficiaba de lenguaraz el sargento Carrasco —incorporado en Lima a la expedición en calidad de escolta armada e intérprete—, quien le explicó que el objeto era dar con ciertas ruinas del tiempo de los incas. Respondió Arteaga que las había no lejos, en lo alto del cerro Machu Picchu. Y en seguida se ajustó el precio con el baquiano: un sol por día de trabajo. (Pero Bingham gastaría apenas medio sol...)

Al día siguiente, 24 de julio, amaneció con cielo encapotado y una fina y persistente llovizna. Don Melchor, nombre de Rey Mago, no apareció por el campamento y la "fuerza pública" representada por el sargento Carrasco debió hacerlo comparecer, pues aquél se resistía a iniciar la ascensión en condiciones tan poco favorables. Mas Bingham no estaba dispuesto a demorar el final de la aventura. A las diez de la mañana una corta caravana inició la marcha: Arteaga, el guía, adelante, y detrás Don Quijote y Sancho, es decir Bingham y Carrasco. Los demás quedaron a la espera en el campamento de Mandor Pampa.

PUCK, EL GENIECILLO

No fue chica empresa escalar los rugosos paredones del cañón del Urubam-

CARNET DE VIAJE

ba, luego de cruzar el río a bordo de una rústica balsa formada por dos troncos endeblemente unidos. Pasado el mediodía, llegaron los esforzados a una altura donde vivían, desde cuatro años atrás, dos familias indígenas, Richarte y Alvarez, dedicadas al laboreo de la tierra en minúsculas terrazas. Se sentaron a descansar, aceptando la hospitalidad que cordialmente se les brindaba. Frente a ellos, como una esfinge, el rostro de piedra del Machu Picchu; abajo, el ululante Urubamba.

Fatigado y con cierto pesimismo, Bingham pidió a Carrasco preguntara a Artega donde se hallaban las ruinas a que había aludido en Mandor Pampa. La respuesta del indio: "Ahí no más", solo consiguió desalentarlo; él sabía por experiencia lo que en estas tierras esa expresión podía significar. Pero había que seguir adelante sin desmayos. Artega se quedó con los atentos huéspedes: él y Carrasco, su ocasional asistente, partieron para cumplir lo que sería la última etapa, acompañados por un niño indígena.

Y fue la sorpresa. Bien pronto —"ahí no más"—, apenas rodeado un promontorio, aparecieron, como un amplísimo anfiteatro, las escalonadas terrazas que los antiguos usaron como únicos lugares de cultivo; y en seguida, pujando contra la selva invasora, los muros, ora rústicos, ora pulidos y labrados de la "ciudad perdida". Y el niño, ágil y saltarín y estridente como Puck, el geniecillo de *Una noche de verano*, no le daba tregua, no le daba tiempo a pensar, ni siquiera a mirar; lo incitaba a seguir, a andar, deseoso de mostrarle todo aquello que para él constituía sin duda, el familiar escenario de sus juegos. . . "Me quedé sin aliento", explica Bingham. En medio de la maraña, que les obligaba a usar el machete para abrirse camino, fue apa-

reciendo la maravillosa ciudad lítica. Pablo Neruda lo expresa de modo incomparable en su poema *Alturas de Machu Picchu*:

"Y el aire entró con dedos
de azahar sobre todos los dormidos:
mil años de aire, meses, semanas de aire,
de viento azul, de cordillera férrea,
que fueron como suaves huracanes de pasos
lustrando el solitario recinto de piedra."

Aquello era —añade Bingham a su asombro— "quizás el más grande y más importante descubrimiento de ruinas en Sud América desde los días de la conquista española". Así fue: él había develado la incógnita de la "ciudad perdida".

* *

Más de tres meses estuvo Bingham en el lugar empeñado en la "limpieza" de las ruinas. De 1911 a 1915 el investigador hizo cuatro expediciones con el auspicio de la Universidad de Yale y la Sociedad Nacional de Geografía de los Estados Unidos. Muchu-Picchu fue explorada y medida, confeccionándose un plano minucioso. Bingham escribió muchos artículos acerca de su descubrimiento y en 1948 apareció por tercera vez la historia de Muchu Picchu en su *Lost City of the Incas*. Pero ya antes su vida había tomado otros rumbos. Durante la primera guerra mundial se hizo aviador y como jefe de una división aérea fue condecorado. Más tarde se inició en la carrera política, llegando a ser gobernador de Connecticut y luego senador por el mismo estado. Murió en 1956, a la edad de 81 años.

LAS RUINAS DE MACHU PICCHU

La ciudad, orientada de norte a sur y con una superficie de no más de cinco

CARNET DE VIAJE

kilómetros cuadrados asienta en una estrecha sillada que se extiende entre el *Huayna Picchu* (Pico joven) y el *Machu Picchu* (Picacho viejo). A los pies del primero, que seguramente sirvió de atalaya, están ubicadas todas las construcciones de lo que fue el núcleo habitado; hacia el sur, separado por una muralla, se encuentra la zona agrícola con unas pocas casas que verosímilmente servían de albergue a los agricultores encargados de los andenes de cultivo. Estas bien construidas terrazas escalonadas en la ladera de los cerros, destinadas a contener la poca tierra fértil de que podía disponerse, y el sistema de acueductos para el riego de las mismas, es una acabada demostración del ingenio y la laboriosidad de los primitivos habitantes de Machu-Picchu.

La ciudad tenía, según parece, una sola puerta de entrada, colocada al final de la citada muralla divisoria de las dos zonas. Por centenares de escalones se llega a la Plaza Sagrada, donde se hallan dos de las más hermosas construcciones: el Templo de las Tres Ventanas, con sus vanos abiertos hacia el nacimiento del sol, y el Gran Templo, con sus nichos trapezoidales, forma que, como un sello del estilo, aparece en toda la arquitectura incaica. No son palacios de grandes dimensiones, pero poseen sorprendente sentido espacial. Arquitectura y naturaleza guardan tal armonía que al par asombra y subyuga. Las edificaciones se adaptan a menudo a las irregularidades del terreno —enormes rocas, desniveles o salientes de la montaña— fundiéndose con ellas en un todo equilibrado. Un singular ejemplo de esta integración de arquitectura y naturaleza puede admirarse en el templo semicircular llamado el Palacio de las Ñustas, o de las Princesas, adoratrices del sol, construido sobre una

enorme piedra inclinada, cuya concavidad inferior se usaba a manera de oratorio.

Una de las cosas que más llama la atención es el ajustado engaste de las piedras. Muchos muros son de piedras rústicas, sin labrar: se ven generalmente en la construcción de los andenes y en las casas pobres. Pero otros, de piedras cuadrangulares, que conservan a la vista las pulidas superficies abombadas, muestran un entrase muy perfecto, sobresaliendo en tal sentido los edificios destinados a las funciones religiosas.

Para algunos investigadores Machu Picchu adquiere la significación de una ciudad fortificada; para otros, en cambio, su inaccesibilidad está ligada más que a lo defensivo al carácter de sitio sagrado donde muy pocos eran los admitidos, como lo señala el historiador venezolano Graziano Gasparini. Y a estar por la gran cantidad de esqueletos preferentemente femeninos hallados en las excavaciones, la hipótesis tiene lógico asidero: serían restos de las Vírgenes del Sol, que recluidas por vida en el recinto de la extraña ciudad estaban dedicadas a específicas tareas de sentido religioso.

Coronando las ruinas, en una plazuela a la que se llega por una escalinata tallada en único bloque de granito, está el *Intihuatana* o altar donde se adoraba al sol. Desde este punto culminante, Machu Picchu —“alto arrecife de la aurora humana”— se nos ofrece como suspendida en el ámbito verde-azul del cielo y las montañas. Nubecillas que suben desde lo hondo, desde las remotas espumas del Urubamba, se deshacen en el aire. La desmesura del paisaje y su imponente soledad de piedra estremecen el alma. Una paz ultramundana lo envuelve todo y flota sobre los seres y las cosas una emoción de leyenda milenaria.